

CRISTÓBAL JOSÉ MILLARES

Consideramos como fundador de nuestra familia Millares al músico Cristóbal José Millares, nacido a fines del siglo XVIII, quien tomó definitivamente, y para las generaciones que habían de seguirle, el apellido de la línea materna de su padre Agustín Gómez Millares (1).

La primera persona, conocida hasta ahora, que transmite directamente el apellido es Ana Millares, nacida a finales del siglo XVI (2). Sus descendientes lo toman casi siempre, olvidando muchas veces el que pudiera corresponderles por línea paterna. Agustín Gómez Millares, padre del músico, consta con sólo su segundo apellido en muchos documentos.

Sabemos que desde los primeros años de nuestra ciudad existía en ella el apellido, y que uno de los firmantes del acta de fundación de la catedral de Santa Ana se llamaba Pedro Juan de Millares, bachiller, que luego fue canónigo. No era nacido en la isla, puesto que en las actas capitulares del siglo XVI hay referencias de sus viajes a España (3). Es posible que alguna vez viniera acompañado de hermanos o sobrinos y que aquí permanecieran. De todos modos, en los pasados siglos no se tenía en cuenta ningún orden para optar por el apellido que mejor conviniere, cada miembro de una misma familia.

Nació Cristóbal José Millares Padrón el 6 de febrero de 1774 (4). Su madre, Ana Josefa Padrón Naranjo, era natural de La Laguna de Tenerife, hija de José Padrón y de Isabel Naranjo. Conocemos los nombres de tres hermanas de Cristóbal José: Rita Millares, casada con Francisco Milán; María Isabel Gómez y Francisca Antonia Gómez.

Por sus condiciones musicales fue admitido como alumno en el Colegio de San Marcial, fundado por el Cabildo eclesiástico en 1786, para continuar, en forma adecuada a la época, la costumbre tradicional de atender a la forma-

ción cultural de los niños cantores de la Capilla de Música. Para ingresar en el Colegio había que pasar unas pruebas de capacidad y preparación indispensables. Los nuevos alumnos recibieron, junto con los que ya estaban al servicio de la Capilla y permanecieron en ella, las enseñanzas que, desde tiempos muy antiguos, les daban el Maestro de Capilla, el Organista Mayor y los Ministriles en sus distintos instrumentos, como obligación ineludible. Cristóbal José Millares fue alumno de Composición Musical, de Órgano y de Violín, y sus profesores fueron, probablemente, el compositor don Mateo Guerra († en 1791), el organista don Juan de Castro († en 1788), y el violinista don Francisco Mariano († en 1792); componentes de la Capilla en aquellos años. Ingresó en el Colegio a los doce años y a los dieciseis recibió un premio por haber tocado el violín de modo extraordinario en la catedral, en la Navidad de 1790. Al año siguiente, pasó a formar parte de la orquesta o Capilla de Música de la catedral, como violinista. Prosiguió sus estudios durante los años siguientes y le fueron aumentando, cada año, sus rentas en dinero y en trigo, como era también costumbre antigua (5).

Entre tanto, Cristóbal José Millares se había casado, a los dieciocho años, con María del Rosario Cordero de Salas (6), y, antes de cumplir los diecinueve, el 29 de diciembre de 1792, había nacido su primer hijo: Manuel Tomás.

El nacimiento de su primogénito coincidió con un episodio novelesco de su vida profesional. De orden del corregidor, don Vicente Cano, fue preso traicioneramente, llevado a la cárcel, y puesto en el cepo, por haberse disculpado de no asistir a tocar el violín en el concierto y baile que, en casa de la corregidora, se celebraba en la noche siguiente al nacimiento de su hijo. Este hecho injusto y grotesco (cuyos orígenes pudieran encontrarse en la soberbia y envanecimiento de una autoridad mal entendida y hasta, quizá, en los complejos y en la nueva atmósfera ciudadana que los acontecimientos de Europa creaban incluso en nuestras alejadas islas del Atlántico), fue motivo de gran escándalo en la ciudad y causó un grave disturbio en la aparente armonía entre el Cabildo Catedral y el corregidor (7). El Cabildo Catedral, por medio de su

apoderado don Valentín Vázquez Naranjo, defendió los derechos ciudadanos de sus ministros y alegó su condición de músicos dependientes del ceremonial litúrgico de la catedral, a cuya celebración normal se atentaba al ser detenidos y encarcelados, amenazando con recurrir a la Real Audiencia si no se les daba inmediata libertad o si se tratara de coaccionarles para asistir a donde sólo por propia voluntad quisieran hacerlo.

Terminando el año 1800 murió una tía suya, doña Francisca Ramos Millares, prima hermana de su padre, viuda y sin hijos, que dejaba una gran riqueza. Esta señora tenía un gran almacén de efectos navales, instalado en la esquina de Triana con el Pilarillo Seco, de cuya manzana completa (hasta el mar por levante y la plazuela de San Telmo por el norte) era dueña. Su padre, Antonio Lorenzo Ramos, fue comerciante, y dejó por herederos a su hija y a su yerno, Ildefonso de Santa Ana. El matrimonio acrecentó la fortuna extraordinariamente, y poseían muchas casas en la calle de Triana, en la de Perdomo y en la Callejuela, y varias huertas con agua y estanques en la vega de San José, a la salida de la ciudad hacia Telde.

A Cristóbal José le correspondió una casa en la Callejuela (hoy Constantino), con salida a las Lagunetas, y un cercado con casas y estanque en la portadilla de los Reyes, además de una cantidad en valores. La casa la permutó por la de la calle de la Gloria, en donde, probablemente, vivía y donde murió, y que ha pertenecido a sus descendientes hasta hace pocos años.

En mayo de 1803 fue nombrado primer violín de la Capilla de Música, con obligación de enseñar a los alumnos del Colegio de San Marcial, que estaba instalado, desde el año 1799, en el edificio que se había acondicionado próximo a la catedral (8). Esta plaza de primer violín le fue adjudicada al marchar don Pedro Mariano Palomino a Portugal, quien la había disfrutado desde la muerte de su padre, don Francisco Mariano, en 1792. No le vendría mal a Cristóbal Millares este ascenso en su carrera profesional, con nuevos aumentos en su renta (9), ya que entre 1796 y 1801 había crecido considerablemente la familia con el nacimiento de sus hijos Luisa, Agustín, Cristóbal y Gregorio. Su dedicación al estudio del órgano se mantuvo constante

a pesar de su cargo y obligaciones como primer violinista. Es razonable suponer que desde antes de la fundación del Colegio de San Marcial, en 1786 (10), se iniciara en los estudios musicales, y que desde muy niño dedicara especial atención al órgano, para llegar a ser un excepcional ejecutante, como demostró, al morir el organista mayor don Francisco Torréns, en vísperas de la fiesta del Corpus de 1806 (11).

Aunque la enfermedad de don Francisco Torréns había durado tres años, durante los cuales le reemplazaba en el órgano grande el que era segundo organista desde 1798, Agustín José Béthencourt (12), hasta entonces el Cabildo Catedral ignoraba la habilidad y el arte que pudiera tener en el órgano el primer violín de la Capilla. Es fácil suponer que el citado organista menor no reuniría las suficientes dotes para poder reemplazar definitivamente a su maestro, cuando el Cabildo Catedral buscó otro organista mayor, inmediatamente después de la desaparición del señor Torréns. Cristóbal José Millares se ofreció a tocar en la fiesta del Corpus, sin haber tocado nunca en el órgano grande de la catedral, lo que nos induce a pensar que no había sido alumno de Torréns, o que éste tenía preferencia por Agustín José Béthencourt, poniéndole obstáculos a Millares para estudiar en él. El éxito que obtuvo en su inesperada actuación, por la brillantez de su técnica y la belleza de los sonidos que lograba en el hermoso instrumento, le valió el nombramiento inmediato de organista mayor. En este cargo había de permanecer el resto de su vida, aunque insospechados acontecimientos le alejaran temporalmente de su querido órgano en 1815.

Pero antes tuvo que pasar amargos momentos de su vida.

En 1808 fue delatado al Cabildo por su antiguo rival, Agustín José Béthencourt, aprovechando la circunstancia de haber sido desarmado el órgano para proceder a hacer una limpieza y restauración que hacía muchos años necesitaba el instrumento. La delación fue hecha verbalmente por Béthencourt al señor Deán, y al comunicarlo este señor al Cabildo Catedral acuerdan pedir informe por escrito, a los dos organistas, sobre lo que sucedía con el órgano grande. Leyendo estos documentos, que afortunadamente se con-

servan en el archivo de nuestra catedral, podemos imaginar la amargura que a Cristóbal Millares le causaría verse acusado tan alevosamente por quien no le perdonaba su triunfo. Y vemos también su reacción noble y digna, de hombre seguro de su limpia intención, en un informe correctamente escrito, lleno de entusiasmo por su arte y de inteligencia para demostrar la bajeza de quien lo acusaba. Así lo entendieron los señores capitulares y ya sabemos como permaneció en su puesto de organista mayor, dejando una vez más en evidencia a los que le envidiaban.

Pero aún había de sufrir mayores penas: En la epidemia del cólera que se padeció en Las Palmas en 1811, tuvo la desgracia de perder a su hija mayor Luisa, de quince años, a su hijo Agustín, de trece, y a su pequeño hijo Graciliano, nacido el año anterior, casi en el mismo día. Cristóbal José tenía entonces treinta y siete años. Dos años después, en 1813, nació otra hija, a la que se puso el mismo nombre de la que había perdido.

La Capilla de Música estuvo sin Maestro en propiedad desde la renuncia de don Antonio Torrén en 1788, hasta la llegada de don José Palomino, procedente de Lisboa, en 1808. Este Maestro era hijo del que fue primer violín de la Capilla don Francisco Mariano y hermano de don Pedro Mariano Palomino, con quien hizo el viaje hasta nuestra isla. Don José Palomino vivió muy poco tiempo (13). Le sustituyó un músico portugués, alumno suyo, el violinista Joaquín Núñez, quien con su hermano el violoncelista Manuel Núñez, parece que salieron de Lisboa, como los Palomino, a la entrada de las tropas de Napoleón en la capital portuguesa, cuando la familia real (en cuya Capilla de Música servían) marchó al exilio. Don Joaquín Núñez marchó a Europa en 1813.

Como era costumbre, el Cabildo Catedral encargó a sus representantes en España que buscaran un nuevo Maestro de Capilla. Pocos meses antes de llegar el nuevo Maestro (don Miguel Jurado de Bustamante, que llegó de Cádiz en noviembre de 1815), apareció en Las Palmas un músico siciliano, de Palermo, que había de ser causa de algunos acontecimientos interesantes en la ciudad y que llegó a ser alcalde de ella: don Benito Lentini y Messina. El joven Lentini, que había llegado a Tenerife desde la isla de la

Madera, se enteró que la catedral de Las Palmas no tenía en ese momento Maestro de Capilla; se trasladó a Gran Canaria dándose a conocer como cantante y pianista «en algunas casas principales», ejecutando sonatas, variaciones y fantasías sobre temas de maestros compositores que aquí eran totalmente desconocidos. Así pudo ganarse la admiración de personas que, ocupando cargos importantes en la ciudad, influyeran para que el Cabildo Catedral le diera el magisterio de la Capilla. Este cargo se le dio interinamente, pues estaba ya el nuevo Maestro contratado. Al llegar don Miguel Jurado de Bustamante, se hizo cargo del magisterio en propiedad; pero era tal el arrebató que las teatrales artes de Benito Lentini producían entre los ingenuos aficionados a la música en nuestra ciudad, que, no queriendo renunciar a tan fascinante elemento, los señores capitulares le nombraron organista mayor, pasando Cristóbal Millares al ministerio que había servido antes: primer violín de la Capilla.

Según nos cuenta su nieto Agustín Millares (14), esta resolución del Cabildo produjo en el músico canario un sentimiento de dolor tan grande, que estuvo pensando en abandonar su isla. Sin embargo, en el acuerdo del Cabildo tomado el mismo día en que nombran organista mayor a Lentini (15), le asignan a Millares la obligación de tocar también el órgano, en los días en que Lentini tuviera que emplearse en acompañar con el piano; manteniéndole la misma renta que disfrutaba como organista mayor. Al poco tiempo, le dieron nueva satisfacción al acordar que el órgano mayor fuera alternativamente tocado por Lentini y Millares, cada uno durante una semana. Es de presumir que Lentini acompañara al piano, o al clave, la mayor parte del tiempo, pues no conocía la técnica del órgano. El disgusto del organista canario quedó recompensado en 1820. Al crearse el nuevo obispado de La Laguna, quedando muy menguadas las rentas de la catedral de Las Palmas, el Cabildo hizo un reajuste de sueldos; don Miguel Jurado de Bustamante renunció al magisterio de la Capilla (16), quedando Lentini en este cargo, y Cristóbal José Millares en su puesto de organista mayor. En 1828 fue el fin de la Capilla de Música; se suprimió el cargo de Maestro y se deshizo la orquesta, despidiéndose incluso a los cantores.

Esta determinación, sin embargo, no afectó al organista mayor.

Ya en esta época Cristóbal José Millares tenía sus dos hijos casados; el mayor, Cristóbal, con María Suárez León (17), y Gregorio con Francisca Marrero Doreste (18). Su nieto Agustín había nacido en agosto de 1826, y él fue su padrino. Su hija Luisa murió soltera. Los dos hijos fueron músicos; Cristóbal era un buen guitarrista, intérprete de música clásica (19), y Gregorio fue alumno de violoncello de don Manuel Núñez, y desde muy jovencito ingresó en la Capilla. Su hermano, Cristóbal, era oficial de la Contaduría, en la catedral, desde los dieciocho años; fue nombrado Contador en propiedad el año 1844.

La pasión musical heredada de Cristóbal José, la supieron transmitir sus hijos a sus nietos, haciéndoles partícipes de sus entusiasmos artísticos; antes de la muerte de nuestro organista mayor, organizaron en Las Palmas una orquesta que dio buenos conciertos y hasta llegó a interpretar la *Sinfonía en Re* de Beethoven (20). También pudo conocer, pocos meses antes de su muerte, la primera obra lírica de su nieto Agustín, la zarzuela en un acto *Un disfraz*, que fue estrenada el 4 de octubre de 1845, y repetida especialmente para él, en su casa de la calle de la Gloria. En esta obra representaban sus nietas Luisa y Graciliana y formaban la orquesta sus nietos Agustín (autor, violinista y director), Cristóbal (segundo violín), José (flauta), y Gregorio (viola).

Cristóbal José Millares fue un artista que conoció la técnica de todos los instrumentos de arco, el órgano y el piano, el arpa y la guitarra. Además poseía el mecanismo de los instrumentos de viento (metal y madera), y para todos ellos escribió, como vemos en las partituras de las obras suyas que hoy se conservan. Su nieto Agustín calificó sus composiciones para órgano como las mejores que había escrito, pero de ellas no ha quedado ninguna, que sepamos. En el archivo de música de la catedral se encuentran con su nombre unos *Responsorios de Reyes*, a cuatro voces y orquesta, con fecha de 1812.

En la biblioteca del Museo Canario se guardan las siguientes obras: *Sexteto*, para dos clarinetes, violín, trompas y bajo, de 1814; *Benedictus*, a cuatro voces, con acom-

pañamiento de orquesta, de 1818; *Lamentación tercera para Jueves Santo*, para voces y orquesta, de 1820; y *Verso*, para violoncello y orquesta, para la Ascensión, de 1832.

Sus actividades como organista en la catedral debieron ser interrumpidas, por motivos de salud, hacia final del año 1842, ya que a su muerte fue denegada su plaza de organista a don Melquiades Espínola que la pretendía, hasta tanto la Contaduría no acabara de pagar a la viuda de Cristóbal José lo que se le adeudaba, que era la renta correspondiente a dieciocho meses, desde mayo de 1841 hasta octubre de 1842. Desde entonces apenas salía de su casa y es la época en que sus nietos iban a visitarle para oírle tocar el piano o hacerle conocer sus habilidades artísticas.

Cristóbal José Millares y su esposa María del Rosario Cordero, hicieron su testamento en agosto de 1844 (21). En este documento hacen relación de sus bienes, entre los cuales conservaban los heredados de la tía Francisca Ramos Millares, y mejoran, uno y otro, a su hija soltera, que vivía con ellos. Durante su matrimonio habían adquirido unos terrenos, con dos casas, agua y estanque, en el pago de San Francisco de Paula, «en donde llaman el Fondillo». Cristóbal José no hace alusión a su cargo de la catedral, ni a su piano, ni a su música. Doña María del Rosario enumera sus prendas: seis hilos de perlas, anillos de oro, zarcillos de gota..., que lega a su hija. Y nombran herederos por partes iguales (es un decir), a sus tres hijos: Cristóbal, Gregorio y Luisa.

Murió don Cristóbal José Millares el 25 de marzo de 1846, a las dos de la tarde, en su casa de la calle de la Gloria (22), y su entierro, que salió de la ermita de Nuestra Señora de los Reyes, fue en extremo sencillo, «sin pompa ni aparato», según su expresa voluntad.

Su nieto Agustín Millares, que lo conoció y debió haberle oído tocar el órgano en la catedral, ya que en el año 1846, él tenía veinte años, no nos dejó ningún comentario sobre su arte interpretativo, ni sobre su personalidad musical, en los distintos trabajos que le dedicó (23); sólo elogia su gran memoria, capaz de repetir en el piano una obra que oyera una sola vez. En el libro que escribió don Domingo J. Navarro, sobre la ciudad de Las Palmas a principios del siglo XIX (24), al recordar la solemnidad

imponente de que estaban revestidas las funciones religiosas en la Catedral, habla de la música y de los músicos que deleitaban los oídos de los concurrentes, y, especialmente, de «los acordes del órgano que declamaba, reía y lloraba bajo la artística e inteligente pulsación de nuestro paisano don Cristóbal Millares».

Los que hoy nos preocupamos por mantener vivo el recuerdo de nuestros valiosos antepasados y porque las generaciones presentes conozcan sus actividades y sus méritos, esperamos que antes de verse cumplidos los dos siglos de su nacimiento hayamos podido lograr que las obras de Cristóbal José Millares sean oídas, convertidas de nuevo en música, en sonidos, y no sigan siendo nada más que signos escritos en papeles pautados guardados en silenciosos archivos.

LOLA DE LA TORRE CHAMPSAUR

NOTAS

(1) Agustín Gómez Millares, hijo de Tomás Gómez y Gómez y Antonia Rodríguez Guillén y Millares, nacido el 21 de septiembre de 1735. I. S. A. Libro XX Baut. Fol. 137.

(2) Casada hacia 1615 con Manuel González, fue madre de Cristóbal Millares, el cual casó en 1636 con Candelaria Hernández. I. S. A. Libro III Mat. N.º 36.

(3) Acuerdo del Cabildo Catedral de Las Palmas de 5 de julio de 1518.

(4) I. S. A. Libro XXVI Baut. Fol. 255.

(5) Libro de Salarios 1775. Fol. 122 y siguientes.

(6) Hija de Antonio Lorenzo Cordero y Micaela de Salas y Torres. I. S. A. Libro X Mat. Fol. 114.

(7) Junto con Cristóbal José Millares, fueron presos otros tres músicos pertenecientes a la Capilla de la Catedral: Francisco Morales Ramos, violinista, Antonio Abad González, viola, y Gabriel Machín, violinista.

(8) La calle que se dejó entre el Colegio y las nuevas obra de las iglesia del Sagrario, que debían completar el proyecto arquitectónico de don Diego Nicolás Eduardo, se llamó de San Marcial. La calle y las obras de la iglesia siguen como las conocieron los ciudadanos de hace más de siglo y medio en este año de 1964.

(9) Le asignaron el salario de 300 pesos y 24 fanegas de trigo al año, que era la renta superior del primer violinista.

(10) Fundación nominal durante más de doce años, puesto que las clases se siguieron dando en la llamada Sala de Canto, que aún existe y sigue usándose para ensayar a los niños de coro, en el patio de la catedral. Hasta el año 1799, en que se inauguró el edificio del Colegio, no se internaron los alumnos.

(11) D. Francisco Torrénis llegó en 1780, para ejercer el magisterio de la Capilla, y por causas no estudiadas todavía hace dejación del cargo y se queda como organista mayor en 1788, al morir don Juan de Castro, que lo era desde 1751.

(12) Los organistas menores o segundos organistas tocaban el órgano más pequeño instalado en otro lugar del coro, en las fiestas religiosas de menor categoría.

(13) Murió en abril de 1810, había llegado a Las Palmas en agosto de 1808, y su contrato había sido firmado en Lisboa en marzo de 1807.

(14) Agustín Millares: *Apuntes biográficos de D. Cristóbal José Millares. El Museo Canario*, año III, núm. 50. 1882.

(15) Libro III de asientos. Fol. 122 v. 15 de diciembre de 1815.

(16) D. Miguel Jurado de Bustamante se despidió en enero de 1820 y marchó a La Laguna.

(17) Hija de don Juan Suárez y de doña Nicolasa de León.

(18) Hija de don Rafael Marrero Hernández y de doña María de las Angustias Doreste Romero.

(19) En el primer concierto de la Sociedad Filarmónica (16 de diciembre de 1855) tocó la *Gran Sonata*, para guitarra, de Sors.

(20) Agustín Millares: *Notas y recuerdos*.

(21) Archivo Provincial. Protocolo del escribano José Benítez y Oramas.

(22) I. S. A. Libro X Def. Fol. 84 v.

(23) *Apuntes biográficos*, ya citados.-*Historia General de las islas Canarias*, Las Palmas, 1893-1895, tom. X, pág. 195.-*Las Bellas Artes en las islas Canarias, conclusión*, publicado en *El Ateneo Canario*, Las Palmas, 31-XII-1890.

(24) Domingo José Navarro: *Recuerdos de un noventón*. Las Palmas, 1895. Pág. 117.